

El Alguien*

Jorge Sánchez Jinéz

De pronto Alguien los imaginó.

Una mujer, delgada de complexión, cabello bermejo, nariz afilada, mejillas hermosas; un lunar en el costado izquierdo del labio superior le daba un aire de sensualidad. Un hombre, regordete, no muy alto, cabello oscuro de grandes rizos; unos lentes de anchos cristales acentuaban su talante bonachón.

Sus ojos se encontraron, lentamente transitaron el cuerpo del otro y se perdieron luego. Él le pareció un mentecato. Ella le pareció sensual. Ambos se formularon ideas sobre el otro, ideas falsas que luego desecharían o, mediante la convivencia, sabrían si eran verdaderas. No habían advertido la casa emplazada frente a ellos. Sus miradas recorrieron las paredes desgastadas por los rayos del sol, por las incontables gotas de lluvia y los resoplidos del aire; sobre el único nivel se extendía un techo de dos aguas, coronado por una chimenea obsoleta.

Una ráfaga de aire abrió la puerta del edificio. Dieron con un pasillo, lo adornaba un par de ventanas a cada lado, cubierto de madera de pino, que desprendía un aroma de yerbas y flores. Avanzaron por él en un silencio absoluto. No daban muestra de ruido las zapatillas de la mujer ni los pasos cansinos del hombre, ni la respiración de ellos, ni hubiera sido posible encontrar el tic tac de sus corazones. Al llegar al final, la mujer se detuvo bajo el umbral de la puerta y al hombre que le seguía los pasos le dijo:

—No perdamos tiempo —estaba consciente de que ella llevaría la dirección del propósito que los guio hasta ese sitio; no tenía una razón para preguntarse por qué, simplemente *lo haría*. Pareciera estar al mando de un ser

* Premio Estatal de la Juventud 2008.

superior, recibiendo órdenes suyas. *Vamos, mujer*, pronuncia estas palabras, y ella actuaba de inmediato, sin rechistar, por eso ella inició el diálogo, y caminó delante de él, que asintió con la cabeza y luego la siguió.

Ahora se encontraban en una sala de estar, iluminada a media luz por cuatro lámparas azules, tenues, una adosada en cada esquina de la salita. El piso se hallaba tapizado por una alfombra, amarilla como un amanecer. En el centro distinguieron sendos sillones azabaches, colocados uno frente al otro, separados por una mesita redonda de caoba. Se sentaron.

—¿Le gustaría tomar algo? —preguntó la mujer haciendo de anfitriona.

—Si no molestamos a alguien, acepto —respondió el hombre.

—Nos concede cualquier cosa —y frente a ellos aparecieron de repente, sobre la mesita, sendas tazas de barro y una cafetera.

—¡Extraordinario! —se asombro él—. ¡Es café!

La mujer se disponía a servir, pero la expresión del hombre la detuvo.

—Permítame —a pesar de ser un tanto lerdo tenía una noción de caballerosidad y sirvió ambas tacitas.

—Es muy amable de parte suya.

—Siempre trato de ser atento.

—Me refería a Alguien.

El hombre se quedó extrañado porque la mujer mencionó la palabra 'alguien' como si con ella se refiriera a un ser además de ellos, pero lo dejó pasar. En la habitación tan sólo ellos estaban presentes.

—Ah —sus gestos reprodujeron un mohín de enojo.

—Gracias —la mujer bebió café de la tacita—. ¿Le gustaría comenzar con el motivo que nos trajo aquí?

—De saberlo, lo haría.

Haciendo un gesto, la mujer desaprobó el desconocimiento de su compañero.

—La conversación, es éste nuestro propósito —miró los ojos del hombre y en ellos confirmó su simpleza.

—Usted proponga cómo empezamos, por favor —no tenía una sola idea sobre esto y por eso le pidió a la mujer iniciar.

—¿Le parece si charlamos algo sobre *el origen*? —preguntó la mujer.

—Excelente.

—¿Sabe algo de ello?

—Es una lástima. Me confieso un neófito —se miró los pies, mientras permanecía al tanto de una respuesta.

—Permítame explicarle un poco —dijo ella e hizo una breve pausa para tomar aliento—. Se cuenta que los primeros seres humanos emergieron de un chimpancé primigenio.

—Dígame más —se removió los cabellos ondulados a causa de la dificultad de esa idea.

—Ese primer chimpancé —continuó la exposición de la teoría— recorría el mundo errando para satisfacer sus necesidades. Ayudado por herramientas

muy elementales daba caza a los animales prehistóricos; de la manera más precaria recogía los frutos de los árboles y cortaba las yerbas del suelo, juntando las manos formaba un cuenco para beber el agua de los ríos, y en otras ocasiones un fragmento de una cáscara hacía las veces de recipiente; andaba distancias extenuantes a fin de encontrar los recursos que él mismo liquidaba. El frío nocturno y el sol quemante laceraban su piel, la humedad de las cuevas lo fatigaba. Esa vida era complicada y los milenios le dieron una forma distinta a su cuerpo, los dedos se trocaron más finos, la espalda se irguió, su inteligencia se volvió superior, logró el dominio de la naturaleza. Entonces ese ser volteó la mirada hacia sí mismo y advirtió su condición de ser humano.

—Ahhhh —el hombre quedó boquiabierto como el cuenco donde quizás aquellos primeros seres guardaron un poco de agua; en su mente cruzó la imagen de un puñado de años, de hombres y mujeres perdiéndose en el mundo, sufriendo frío, caminando por valles y montañas. Pensó en todo ello. Inhaló. El aire llegó a sus pulmones y luego de exhalar emitió una sentencia:

—Eso es totalmente creíble.

—Así es —agregó ella—, aunque otros ubican el inicio de la vida en un montón de barro.

—¿Barro?

—Sí, justo como escuchó. Algunos humanos afirman que un dios tomó barro de la tierra y al soplar sobre él un ser humano cobró vida. ¡Imagínese aquello, qué situación tan interesante! Barro, como este —asíó entre las manos la tacita y aprovechó para darle un sorbo. Tras colocar la tacita en la mesa, agregó:

—Aún hay más: se afirma que aquel dios tomó al hombre y de su cuerpo extrajo una costilla, a fin de crear una mujer, lo cual, en efecto, sucedió.

—¡Faltándole algunos huesos, ese hombre debió sufrir en vida! —bromeó.

—Eso —dijo ella— no lo sabemos.

—Vaya, vaya, es usted una cono- cedora del tema.

—Un poco —se alació el cabello—. Quizás Alguien me dotó de inteligencia, eso es todo.

El hombre notó que de nuevo mencionó la palabra ‘alguien’ como si con ésta se refiriera a un ser en concreto. Pero lo dejó pasar una vez más y siguió la conversación sobre el origen y los hechos que en consecuencia pudiesen presentarse.



Fiesta patronal (2011), San Pedro Tultepec.
Foto: Fernando Oscar Martín.

—¿Y hay más explicaciones sobre el origen de los seres humanos?

—¡Sin duda! Abundan, hay montones de ellas. Unos afirman que los primeros seres fueron hechos de maíz, de esa planta maravillosa; otros dicen que son polvo de estrellas proveniente del espacio, un lugar infinito. ¿Lo comprende?, infinito, como la palma de una mano donde cupieran todo los besos, o un pie capaz de hollar todas las yerbas.

—¡Increíble! Nosotros somos el resultado de una de esas posibilidades, ¿cierto?

—Nada más falso —dijo.

—¿Cómo es posible?

—¿Usted sabe qué somos?

—No.

—Si lo supiera no le sorprendería la naturaleza de nuestro origen. —La mujer miró el rostro embelesado del hombre.

—No puede ser —le temblaban las manos.

La mujer intentó idear un eufemismo para no lastimar la débil mente del hombre, pero no encontró uno adecuado y le dijo la realidad.

—Somos personajes —hizo una pausa para mirar de nuevo la cara embobada del hombre—. Sólo eso y no otra cosa. No somos seres humanos —recalcó la palabra ‘no’ y sus labios se mostraron hermosos y contundentes al pronunciar esa sentencia—. Somos diferentes de los seres humanos, ellos desconocen su origen, pero tienen segura la muerte, y nosotros nada sabemos del final, sólo del origen.

—No entiendo —dijo él, estupefacto, al enterarse de la verdad imprescindible que le fue vedada hasta ese momento.

La mujer se alisó el cabello con una mano, y luego de sonreír dijo:

—Lo descubrí. Me refiero a nuestro origen.

—¿Cómo lo hizo?

—No me decepcione. ¿De verdad no lo sabe?

—Lo desconozco. Pero me lo dirá, ¿cierto? —su tono era el de un niño ansioso por saber algo nuevo.

—No hay opción —dijo, y mientras bebía café miraba los ojos del hombre; dejó la tacita sobre la mesa—. Fue hace unos momentos, cuando entramos. Escuché una voz decir: “De pronto, Alguien los imaginó”.

—No lo noté.

—A mí me pareció algo natural escuchar aquello.

—¿Cómo puede...?

—Primero vienen las imágenes y luego las palabras.

—De modo que... —no completó la frase que tenía en mente. Ante sus ojos tenía una mujer a quien le fue concedido el don de escuchar a Alguien. A él no le fue dado tal privilegio.

—Inténtelo —le animó ella—. Seguro que Alguien le iluminará un poco el cerebro para desentrañar esto.

El hombre notó una nueva mención de Alguien, pero la situación era todavía emotiva y trató de concentrarse en cómo fue creado.

—... so, so —tartamudeaba lleno de nerviosismo— somos personajes que fuimos creados y por eso usted escuchó las palabras con que realizamos las acciones. Demonios, pero ¿quién nos creó?

—Ja, ja. ¿No lo imagina? Lo he dicho a lo largo del cuento. ¡Puede descubrirlo!

—No lo creo, no lo creo —el hombre recordó que repetidas veces ella se había referido a alguien como un ser concreto; ahora la respuesta fue más rápida.

—Sí —dijo la mujer al tiempo que asentía con la cabeza, como si tuviera la posibilidad de entender que su compañero había descubierto por quién fue creado.

—¡Eureka!

Se quedaron mirando el uno al otro.

—¡Nuestro creador es Alguien!

—Así es.

El hombre se sintió feliz, una sonrisa de satisfacción le cruzaba el rostro.

—Ahora entiendo cómo apareció esta mesita de centro. Me gustaría hacer lo que usted hizo hace unos momentos —dirigió los ojos hacia arriba; estaba imaginando algo—. Quisiera tener unas galletas para acompañar este café.

De repente, a un lado de la cafetera, apareció una caja pequeña, repleta de galletas de avena y chispas de chocolate; el hombre tomó un par de ellas.

—¡Deliciosas!

—No están mal —dijo la mujer tras probarlas.

—A todo esto —se rascó la barbilla—. ¿Qué es lo siguiente?

—Muy buena pregunta —se cuestionó ella.

De pronto, la pared ubicada al norte de la habitación comenzó a crujir como un temblor de tierra o como el sollozo de una roca al golpear contra otra y en ese espacio se abrió un amplio pasillo.

—Esto es sorprendente.

—Allí está la respuesta —ella señaló adonde antes había un fragmento de pared.

Ambos se levantaron y avanzaron hacia el pasillo. Dejaron atrás el cuarto de las luces mortecinas y de las cuatro lámparas adosadas en las esquinas. No beberían más café ni comerían galletas.

Luego de cruzar el umbral estuvieron en una nueva habitación, construida totalmente de cristal. El piso era transparente como el agua, las paredes eran murallas de aire sólido, el techo era un enjambre de nubes traslúcidas. Adonde ellos dirigieran una mirada se encontraban con el cristal: en sus espaldas gobernaba el cristal, el peso de sus pies lo sostenía una plancha de cristal. En el centro de sus ojos brillaba el cristal proyectándose como en un espejo. Al levantar las manos frente a sus rostros, entre los dedos de sus manos, se veía una limpidez inexorable. El cristal se encontraba por todos lados, hasta en el eco de una voz.

—¡Cuidado! —gritó el hombre y se tiró al piso. Una enorme ave se acercó

hacia ellos; su pico era un huracán de piedra, las garras eran destellos de sol, batía las alas como un cielo enfurecido antes de lanzar una tormenta—. ¡Agáchese!

No obstante la advertencia, la mujer se quedó de pie, luego vio al ave posarse en el techo de la habitación.

—¿Qué demonios es eso? —aterrorizado, miró al ingente animal.

—Es sólo una imagen —en ese momento el ave se desvaneció lentamente.

—Es terrorífica.

—Pero es real. Además, no tenía la intención de dañarnos.

—¿Entonces qué está buscando?

—No busca a nadie.

—Sólo está allí, tal vez aparezca después.

—No me quedaré aquí esperando ese revoltijo de plumas. Me largo de aquí, en este momento. Si seremos asustados, no quiero ser más el personaje de Alguien. Yo no estoy aquí para ser aterrorizado. Me largo.

—No sea estúpido. Eso no es decisión suya.

El hombre buscó alguna puerta dentro de esa habitación. No vio una sola y comenzó a recorrer las paredes con las manos.

—Habrà algún pasadizo secreto o una puerta oculta —harto desesperado, deslizaba las palmas de las manos por todos lados—. Lo encontraré.

—Imposible, por ahora —alaciarse el cabello con la mano le daba un toque de sensualidad.

El ave apareció de nuevo y el hombre se quedó inmóvil, sus manos se detuvieron.

—Vámonos de aquí —dijo en un grito—, esto es terrorífico. Se percató de que afuera de la habitación corrían personas por aceras elevadas en el aire. Edificios de papel tenían hombres encadenados pidiendo un poco de comida, a la par de las súplicas les caían manzanas de fuego atravesándoles las manos.

Sillones pasaban volando por las paredes, iban luego a estrellarse contra el techo, que lanzaba un canto de arpa y en el sitio del impacto salían burbujas que, por el agua salida a borbotones, eran elevadas al aire y se convertían en sillones que pasaban volando por las paredes, iban luego a estrellarse...

Relojes de plata y madera que movían las manecillas a la izquierda y otros a la derecha colgaban de las muñecas de mujeres altas, ataviadas con hierba-buena en todo el cuerpo, los pies descalzos, los rostros sonrientes, la piel suave.

—Esta habitación es el inconsciente de Alguien —dijo la mujer con solemnidad—. Aquí es posible cualquier cosa.

—No tiene lógica —repuso el otro, ya acostumbrado a recorrer con la vista las imágenes, incluso la del ave posada en el techo.

—Así es.

—Tampoco tiene tiempo y, sin embargo, nosotros provenimos de este sitio.

—No lo creo.

—Alguien ordena todo esto —la mujer estiró el brazo, señalando hasta donde sus ojos alcanzaban a ver.

De pronto un aguacero de hojas de papel, cual ratoncillos blancos, se filtró por el techo.

—¡Demonios! ¡Está lloviendo papel!

—No es simple papel —la mujer sabía de verdad que no lo era.

Una hoja cayó en las manos del hombre y comenzó a leer:

—*¡Demonios! ¡Está lloviendo papel!*

—*No es simple papel —la mujer sabía de verdad que no lo era.*

—¡Esto es una locura! ¡Nuestra historia está escrita en las hojas! —dijo él. A la mujer también le cayó una hoja entre los dedos, la leyó:

—*Será mejor que nos vayamos de aquí —dijo la mujer.*

—Será mejor que nos vayamos de aquí —dijo la mujer.

En seguida apareció una puerta, en el centro de ella destacaba una chapa dorada, reluciente, dándose prisa, la giraron y empujaron la puerta. Recorrieron un pasillo largo, alfombrado en púrpura; el ruido de las pisadas rebotaba en las paredes, un eco apabullante los atrapaba, unas ventanas de cristal dejaron ver, por un tiempo, las imágenes incongruentes y dispares de la habitación anterior. De a poco, las respiraciones agitadas se tornaron lentas, los pasos ya no eran apresurados y la sangre les recorrió el cuerpo como la caricia de unas manos suaves. Advirtieron cómo el púrpura cálido de la alfombra desaparecía y cedía a un tono aguamarina. Llegaron a un balcón.

—Un lugar tranquilo —el hombre se recargó en el barandal marmóreo adornado con macetas repletas de tulipanes blancos y siemprevivas.

—Eso parece.

Una de las esquinas estaba ocupada por un sofá de tela almidonada y cojines color beige estilo arabesco. La mujer se arrellanó allí.

—Vaya, está comfortable —se acomodó un cojín en la espalda.

Junto al sofá descansaba un escritorio de pino, lleno de figuritas de personas, hojas blancas de papel —sin escritura alguna— y montones de libros. Libros apilados en el piso escurriendo sus historias sobre otros libros y otras historias. Libros en el dorso del escritorio y en un mueble de madera, cerca del barandal, mostrando sus páginas desnudas en las repisas. Él detuvo la vista en el escritorio y luego en una computadora. La pantalla era una cascada de ojos azules como espuma de agua y el teclado un montón de piedras talladas.

—Esas letras... —el hombre se asomó al escritorio, pretendió pulsar algunos de los botones.

—Un momento —gritó la mujer desde el sofá—. Es de Alguien y sólo él debe utilizarla.

—¿Está segura? —embobado, mantenía la mirada perdida en la pantalla.

—Por supuesto.

—Tiene una utilidad, supongo.

—Sirve para crear historias. Somos personajes de un cuento, ¿lo recuerda?

—Sí.

—Cuando Alguien utiliza ese teclado puede crear cualquier historia que se proponga. Y seguro que lo ha hecho; no somos los únicos en el universo. Con esas letras podría desaparecernos en este mismo momento.

—Es inaudito.

—Pero también es real.

—¿Podría usarlo?

—No lo creo. Alguien se vale de la imaginación y la palabra para crear las historias. Nosotros no poseemos el don de la imaginación, sólo el de la palabra.

—Podría intentarlo.

—No me gustaría saber las consecuencias, de verdad. No es bueno colocarse al nivel de Alguien, nosotros sólo somos sus personajes, recuérdelo siempre.

Aunque al hombre le sacudió la mente una incipiente sensación de miedo, de no muy buena gana se alejó de la computadora.

—Será mejor dejarlo así.

Ambos se miraron.

—Ahora pasemos al tema siguiente. ¿Se imagina cuál es? —preguntó ella.

—No lo sé.

—Empecemos con una pregunta.

—No se me ocurre una sola.

La mujer comenzaba a desesperarse. Contestar a las interrogantes que ella misma hacía le resultó fastidioso.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Respóndala. Será sencillo.

El hombre calló un momento, y al fin dijo:

—En este cuarto nos encontramos sólo usted y yo. No hay otros personajes con los cuales desarrollemos una trama, ni siquiera tenemos una madre, o un nombre, ¿o acaso usted tiene un nombre?

—Es cierto, no lo tengo. Mi nombre podría ser cualquiera: Eva, Lilith, Carmen, Lulú, Beatriz, Helena, pero eso no importa, me encuentro aquí con usted, que tampoco necesita un nombre, estamos, existimos y eso cuenta más que cualquier cosa —tomó un poco de aire—. Y a propósito de la pregunta, algo mucho más importante que un nombre se le escapa.

—¿Qué se me escapa?

—La respuesta, ¿qué hacemos aquí?

—Ah, ah... —una vez más, la ignorancia se apoderó de él, que dirigió la vista hacia el piso, se miró los zapatos y no articuló sino la misma cadena de sílabas descompuestas:

—Ah, ah...

Ella se compadeció.

—Escúcheme bien. Somos, existimos y estamos aquí para crear una historia. Me atrevo a decir que somos los protagonistas. Hemos pasado por esas habitaciones sólo nosotros, avanzamos por pasillos extraños sólo nosotros, encontramos imágenes desconocidas sólo nosotros.

—No entiendo por qué no lo había entendido.

—Porque es usted un idiota —sentenció ella, colmada por la estupidez de su compañero.

El hombre se exasperó también.

—¿Puede repetir eso?

—Claro que sí —y la mujer lo repitió:

—Es usted un idiota, un idiota, entiéndalo. No hace sino esperar las respuestas de mi boca, y nada más.

Apartando su cuerpo del barandal, el inculpado se mostró furioso, un claro rencor se advertía en su rostro, asomaron un tanto los dientes, las mejillas se contrañeron, los globos de los ojos se tornaron rojizos.

—Si lo dice una vez más podría matarla —amenazó, apretando los puños.

Ella gritó una vez más:

—¡Es usted un idiota! —las palabras hicieron eco en el balcón.

—Maldita sea. Si tan sólo no fuera tan cobarde y tuviera un arma la mataría.

Entonces apareció una pistola en la mano derecha del hombre. Era un arma sencilla, tenía espacio para cuatro disparos.

—Ja, ¿lo ve? Alguien está de mi lado —apuntó el arma al rostro de la mujer, apretó el gatillo, pero no tuvo resultado el intento.

Ella le miraba, asustada.

—¡Alguien, necesito balas! —gritó el hombre en el terco juego de dañar a la mujer. Y de súbito, las balas aparecieron en su mano—. Prepárese para dejar de existir —aunque lerdo, colocó las cuatro balas dentro del cargador, levantó el cañón, y disparó sin percibir su pulso inexacto: la bala destrozó la pantalla de la computadora y algunas chispas saltaron a la alfombra. Se decidió, entonces, a realizar otro tiro y acertar esta vez. Ella tenía la frente perlada de sudor y enseñaba los dientes, producto de la fuerza enajenada de la mandíbula.

Él la atrapó con la mirada. La vigilaba aunque sabía imposible su escapatoria.

La mujer veía el arma. Las manos le temblaban, dejó escapar algunas lágrimas y el maquillaje le arruinó esa belleza espléndida que, a los ojos de él, mostró a lo largo del cuento. El rostro hermoso mutó a uno lleno de terror. Las mejillas se entristecieron, los labios se apretaban, se aferraban a la existencia. De improviso, a su mente acudieron de manera desordenada imágenes de seres humanos. Deseó ser uno de ellos, pues si bien era incierto su origen verdadero, el fin de éstos estaba claro, al menos era dable pensar para ella en la muerte como una posibilidad. La muerte era algo seguro, e imaginó una muerte muy dulce para ella. Pero el sudor de sus manos, el miedo y el llanto incontrolable le recordaron lo incierto de esa posibilidad y devolvieron sus ojos a la realidad de este cuento. Respiró hondo. Es el fin, es el fin, se repitió.



Danza de moros y cristianos (2012), Mexicaltzingo. Foto: Fernando Oscar Martín.

Llena de nerviosismo se acicaló el cabello con una mano y tras colocarla sobre la rodilla, encontró las facciones coléricas del hombre, mirándole, apuntando hacia ella el cañón del arma, brillando como una luz fatídica.

Y así, mientras veía el gatillo recorrerse lentamente, se preguntó con una gran ansiedad si los personajes de cuento podrían morir. Pero jamás lo sabría, porque en ese momento, Alguien dejó de imaginar.LC